

## UN ANÁLISIS FILOSÓFICO DEL CORTOMETRAJE: “PROVERBIO CHINO”

Alberto Hidalgo Tuñón  
Profesor titular de Sociología del Conocimiento de la Universidad de Oviedo

“Proverbio Chino” es el segundo cortometraje del publicista Javier San Román, que como se sabe, ganó el Premio Goya en 2008, por lo que goza de justo reconocimiento. Se trata de un material muy utilizado por ONGs en el contexto de actividades relacionadas con los problemas del multiculturalismo y la interculturalidad, pero también para las clases de secundaria y universidad al objeto de suscitar controversias sobre el racismo y la xenofobia. Varias páginas en internet se hacen eco de estos usos. En este ámbito ha demostrado ser un material excelente. Desde el punto de vista de la temática de este Congreso es obvio que acerca la imagen del Tercer Mundo de una manera genérica, a través de la percepción del “otro”, en tanto que se aproxima a “nosotros” mediante la inmigración. La inmigración es un fenómeno muy visible en 2008, pues alcanza ya un 10% de la población española. Por lo demás abre el espectro de los medios de comunicación de masas al ámbito de la publicidad, desde cuya óptica está construido el corto. No está claro, sin embargo, que los chinos o los cubanos sean actores del Tercer Mundo. China está a punto de convertirse en la primera potencia económica mundial y es una civilización milenaria, anterior a la nuestra. Cuba, por otro lado, formaba parte de España hasta hace poco más de cien años y el actor negro Sergio Calderón está dotado de una vis cómica, típicamente hispana.

Juan Benito Martínez ha realizado un comentario glosado de los temas que le suscita el cortometraje como material pedagógico. Yo voy a incoar un análisis filosófico del mismo de acuerdo con la estrategia del materialismo filosófico. Desde ella, hay que distinguir tres planos en el cortometraje: un plano o nivel fenomenológico, que intenta ubicar este producto cultural en su contexto histórico y recoge el argumento que las propias impresiones fenomenológicas articulan en el

vidente, o mejor, en el cuerpo del que percibe el mensaje. Un segundo plano o nivel que llamamos científico, porque adopta la estrategia de interpretar los contenidos del producto, su significado o mensaje desde una categoría específica, por ejemplo, étnica (“Tu no chino, tu negro”), gastronómica (restaurantes, comida, formas de poner el arroz), jurídica, sociológica, política, etc. Por último, el tercer plano o nivel que llamo filosófico, porque concierne a las Ideas subyacentes, al sentido mismo del producto o a su valor testimonial. Tradicionalmente las disciplinas filosóficas son la ontología, la gnoseología y la ética, por lo que no es infrecuente que la primera discusión filosófica concierna normalmente a la adscripción de un determinado producto cultural.

### NIVEL FENOMENOLÓGICO.

El director del cortometraje, Javier San Román, explica en una entrevista que le hace Bárbara González ([www.youtube.com/watch?v=0FssMgJngL0](http://www.youtube.com/watch?v=0FssMgJngL0)) para el Programa “Veo en Corto”, que toda la trilogía, de la que “proverbio chino” constituye la segunda entrega, está inspirada en las experiencias del inmigrante cubano Sergio Calderón a lo largo de más de diez años en España en situación irregular. Oyéndole contar sus desventuras con tanto desparpajo y gracia, se le ocurrió plasmar un tratamiento del problema de la interculturalidad en clave humorística. Así, el primer corto, titulado “Lección de Historia” muestra la disputa entre Sergio, que tiene que hacer de “moro” en las representaciones y performances que hacen por los castillos-restaurantes de Ávila, y el argentino Walter de la Retta, que trabaja como “cristiano” del norte (“gallego”, si hacemos caso a la música de gaita de la Musgaña). El corto dura 5,58 minutos y el argumento consiste en que Sergio se rebela porque siempre le toca morir: “En 800 años de luchas, alguna vez tendrían que ganar los moros”, digo yo. Ante la cerrazón étnica del argentino, deciden preguntar a un trabajador de gasolinera, que no les resuelve nada, porque es búlgaro y está peor que ellos, porque “apenas habla español”. El tercer corto que dura ya más de diez minutos y cuenta con la colaboración de Pilar Bardem, como dueña y madam de un puti-club de carretera, se titula Madrid-Moscú y narra

la historia de un camionero friki del futbol que alquila una habitación para ver un partido y acaba fugándose con la rusa a Moscú. Ahí Sergio es también camarero cubano en el burdel y protagonista indirecto de la historia.

La banda sonora de "Proverbio chino" es la canción "Te estás equivocando" de Gecko Turner, ligera y desenfadada, que sirve para pautar los distintos episodios o situaciones que componen la historia. Se trata de una historia completa, pese a su brevedad, con una estructura ternaria típica: planteamiento, nudo y desenlace.

El planteamiento consiste en una situación de oferta/demanda de trabajo en un restaurante chino. Es interesante observar que el cubano demandante de trabajo es un buscador activo de trabajo, que por casualidad se encuentra con una oferta escrita en chino (jeroglífico indescifrable). Gracias al intermediario que le traduce la demanda, Sergio vence las resistencias del dueño del restaurante, apelando a la legislación española contra las mafias y la discriminación. La actitud del empresario, queda reflejado en sus dos frases emblemáticas:

«Tú no chino, tú negro» y «Yo no mafia, yo no racista, yo legal». Por tanto, ya en el plano fenomenológico hacen acto de presencia además de los actores físicos (las personas), un sistema de escritura, un marco legal que delimita y controla las acciones posibles de los agentes y una situación económico-laboral en disputa.

El nudo de la trama tiene lugar en la situación del protagonista en el desempeño del trabajo. Aquí entran más actores: los clientes, las cartas del menú, el dueño observador agazapado tras la caja registradora, las galletas con proverbios chinos en su interior, etc. El lenguaje no verbal cobra especial protagonismo. La incredulidad de los clientes ante el camarero negro con acento cubano explicando los platos, el desparpajo de la explicación sobre Wen fu, etc. El nudo del argumento es la confirmación del prejuicio racial: La observación de «Tú no chino, tú negro» se generaliza, pero hace falta algo más para que produzca efectos. El marco de las relaciones laborales aparece ahora como la tabla de

salvación para el empresario. «Tú no chino, tú negro» deja paso a la evaluación del trabajo del camarero: es malo para el negocio (razón empresarial), «Tú no pronuncias bien» (pretexto). Por más que Sergio Calderón multiplique las "eles" chinas para mejorar su pronunciación, la muralla china del lenguaje (ya no escrito, sino hablado), los simples significantes, no el significado al que quiere atenerse, resultan insuperables y se produce el despido. En el corazón del nudo, aparece sin embargo, el elemento central de la reflexión, el proverbio chino, que Sergio rescata mientras el dueño maquina su despido con el cocinero y el camarero chinos. «Entrístécete, dice Confucio, no porque los hombres no te conozcan, sino porque tú no conoces a los hombres».

El desenlace, por último, no tiene forma de drama, ni se decanta por la tragedia. Con un fino humor crítico, mientras sube el volumen de la canción de Turner, se produce el encuentro humano de Sergio con la chinita Yoli (de Yolanda), que le ilustra sobre las tres verdades básicas que él no entiende. 1, que es verdad fenomenológicamente lo que todos dicen: «Tú no chino, tú negro». 2, que los supuestos platos chinos como el Wen fu son una patraña inventada para engañar a los crédulos españoles, que comen todo (consumo) por la etiqueta (representación); y 3, que la verdadera producción es hacer el arroz que ella vende. Fascinado con la chinita, Sergio le pide que le descifre el proverbio chino. Tras leerlo "en chino" lo valora como interesante, pero no lo interpreta: «Es que a mí Confucio...». Es entonces cuando el dicharachero Sergio reflexiona en voz alta y, de repente, dos sujetos singulares, china y negro, en mitad de la noche y a la luz de una farola comienzan la aventura del conocimiento intercultural: «Encantado de conocerte, Yoli», «O sea que tú, puedes enseñarme a cocinar el arroz a la cubana? »

Esto es lo que nos proporciona el nivel fenomenológico, muy rico en matices, y donde podemos enredarnos en una multitud de recorridos, todos ellos interesantes, a partir de un simple gesto, un matiz, un detalle. Por ejemplo, podemos explicar que el arroz a la cubana es un plato español, inventado como menú de rancho para las tropas que combatieron en el 98, o

intentar explicar por qué Sergio, el protagonista, nos cae tan simpático. ¿Acaso no es culturalmente más español que muchos españoles? Pero es hora de cambiar de plano o nivel.

### NIVEL CIENTÍFICO (O CATEGORIAL)

Al ser tan rico en detalles, el cortometraje se presta a un sinnúmero de consideraciones especializadas o categoriales, que aquí apenas podemos insinuar. Apuntaré algunas.

Desde un punto de vista jurídico, por ejemplo, el corto aborda varios grandes problemas: el de los nexos entre ética y derecho, el de la incompatibilidad y/o jerarquía de los sistemas normativos, por ejemplo, entre el derecho penal y el derecho laboral. El video muestra hasta qué punto el sistema de controles jurídicos constituyen una superestructura que los distintos actores utilizan en el marco, no sólo de sus intereses (lo que el sistema capitalista legitima de forma inequívoca), sino también cultural. De hecho, es la legislación laboral que permite un contrato a prueba y el despido libre, el que permite sortear los obstáculos teóricos que provienen de la legislación penal contra las mafias y la discriminación racial. A su vez, el caso de la dinámica Yoli, que también tiene cultura china, pero es marginal, vende directamente su fuerza de trabajo en la calle, transformando el arroz como materia prima, pero saltando por encima de los registros de inscripción y la expresión.

Desde el punto de vista étnico o de la Antropología social y cultural cabe hacer también varias lecturas interesantes, dependiendo que se ponga el acento en lo más evidente, la triangulación racial entre chinos/negros/españoles (clientes blancos, pero también espectadores estandar), o que se profundice en las distorsiones que tanto el racismo como el antirracismo actual favorecen. De hecho, el tono desenfadado y amable que atraviesa el cortometraje parece poner de manifiesto que no basta con creer o proclamar que del reconocimiento y afirmación de las diferencias étnicas y culturales, se sigue ipso facto una actividad político-moral igualitaria en lo social y solidaria en lo moral. Los clientes del restaurante chino, más que ayudar a

destruir las barreras éticas y culturales, las favorecen con su actitud. La interculturalidad que se produce a nivel de calle de manera espontánea, parece ser puramente negativa, pues Sergio y Yoli coinciden ambos en su marginalidad negativa (sin trabajo por cuenta ajena, sin papeles y casi sin identidad cultural), lo que apuntala, bajo el humor, una interpretación dialéctica del fenómeno de la interculturalidad.

Desde un punto de vista histórico-social, entre nosotros Francisco Fernández Buey observa que «la derivación principal del racismo es siempre el ataque al prójimo más débil»<sup>1</sup>. El video muestra claramente una jerarquía en la debilidad personal que parece asociada al mercado laboral ante todo en la era de la globalización. Pero en este contexto todavía categorial, aunque muy próximo a los planteamientos filosóficos de la ética y la filosofía política, resulta pertinente su advertencia de evitar tres escollos que acechan siempre al tratar cuestiones relativas a la tolerancia, a la exclusión social, al racismo y a la xenofobia en el actual contexto europeo.

El primer escollo es el de la generalización excesiva, que el cortometraje trata de evitar desde el principio planteando la situación de un inmigrante ilegal en un contexto laboral, en el que los empleadores son también inmigrantes, aunque operan, no como individuos, sino como cultura que territorializa un espacio con sus inscripciones propias. Sergio Calderón, inmigrante singular de filiación cultural hispana en un territorio (un barrio de Madrid) que ha sufrido una sobrecodificación gráfica se topa así ante una suerte de muralla china que no acaba de entender. «Yo no entiendo nada, chico» es una frase tan repetida como la famosa «Tú no chino, tú negro». Hay, así pues, un pluralismo migratorio, se reconoce mediante la imagen multicultural que se trasmite. Incluso se evita generalizar sobre los chinos al presentar a Yoli como una disidente crítica que no se complace demasiado ni con la comida china, ni con Confucio, pero no por ello, ni siquiera por ser mujer, es molestada en el barrio. Las ambivalencias y las

<sup>1</sup> Francisco Fernández Buey: «Sobre el choque entre culturas, racismo y xenofobia», Catedra Unesco d' estudis interculturals, Universitat Pompeu Fabra, 2002 ([www.upf.edu/unesco](http://www.upf.edu/unesco)), p. 11

contradicciones que singularizan a Sergio como buscador de empleo, sin embargo, no evitan del todo una generalización subyacente. No sólo nosotros tendemos a considerar a los otros como un bloque monolítico sin matices: los chinos hacen lo mismo con los negros e incluso Yoli considera a los españoles como unos tragaldabas que comen cualquier cosa con tal de que les suene a chino. Es difícil salir del círculo de las generalizaciones desde dentro de un círculo cultural determinado. Quizá a nosotros, los occidentales, nos cueste más salir por creernos amparados por el universalismo de la ciencia, pero los chinos también fomentan el racismo al encastillarse en su cultura milenaria y últimamente tras la sabiduría universalizable de Confucio. En este contexto, procede la pregunta: ¿Basta una operación de ultra-generalización negativa para llegar a una universalidad distributivista como la que confiere los mismos derechos y deberes a los especímenes humanos singulares en virtud de los derechos humanos, o la condición cultural de cada cual al tiempo que preserva las identidades constituye un obstáculo insalvable para cualquier universalización del globo?

En esta línea misma el segundo escollo a salvar para evitar la existencia de al menos dos varas de medir que operan simultáneamente (la de la diferencia entre nosotros y la de la identidad para los otros), consiste dialécticamente en aceptar ingenuamente el naturalismo ilustrado al que apelamos biológicamente para reconocernos iguales. Al hacerlo así caemos en lo que los pensadores éticos denominan la falacia naturalista que consiste en pasar inadvertidamente el ser al deber ser, es decir, de la constatación de la identidad genética de los humanos a su igualación socio-cultural en términos de derechos y deberes. Como señala correctamente Fernández Buey en este caso el error es prepolítico. “Proverbio chino” se atreve a reconocer la diversidad cultural como remedio para evitar la xenofobia y la discriminación racial. Al dar a los fenómenos interculturales un carácter normal y presentarlos en un entorno pacífico, se intenta desactivar los prejuicios y reírse de los estereotipos, una estrategia similar al usado en el film *Ocho apellidos vascos*. Sin duda, eso es eficaz contra las ideologías de segundo grado de tipo racista o xenófobo, en la medida en que se practica

un cierto neutralismo axiológico. Sin embargo, es discutible que con este procedimiento haya logrado desactivar del todo la falacia naturalista en tanto que error prepolítico. “Tú no chino, tu negro” resulta a la postre una constatación fáctica, una suerte de hecho natural incontrovertible que no se borra por mostrarlo, ni evita la buena conciencia del españolito espectador imparcial que se considera a sí mismo libre de prejuicios tanto respecto a los chinos como respecto a los negros. Quizá el hecho de que Sergio Calderón suscite tantas simpatías entre los españoles se deba a que comparte con nosotros idiosincrasia, identidad cultural y sentido del humor. Y ya se sabe que el humor siempre tiene un sesgo nacional.

Por último, alude Fernández Buey al tercer escollo contra el que se estrella la tolerancia y el mestizaje intercultural: «es la buena conciencia, el ensimismamiento con respecto a nuestro concepto más habitual de tolerancia». Tal vez el mayor problema del cortometraje en su factura cómica es que incita más al comentario, incluso a una racionalidad distanciada, que a la acción. Ciertamente no provoca sentimientos tristes, como ocurre con los planteamientos dialécticos, sino dosis de alegría y su final es un canto de esperanza con arroz a la cubana, un plato modesto, pero fácil de cocinar y nutritivo, en una palabra intercultural. Esta filosofía consoladora, nada combatiente, que no incita a la acción, ni a la solidaridad, entre otras razones porque nadie sabe qué hacer ante este estado de cosas, sólo parece quedar superado por el contenido semántico del propio proverbio chino de Confucio: «Entristécese, no porque los hombres no te conozcan, sino porque tú no conoces a los hombres». La invitación de Confucio a cultivar nuestra naturaleza racional está vinculada a conseguir una orientación práctica en la vida destinada al propio perfeccionamiento, nada místico ni religioso. Para esta cultura y pese a la interpretación pedestre y muy española de Sergio que se ve incitado a conocer mejor a Yoli, el fundamento del conocimiento son los sentimientos. De ahí se seguiría que la propuesta del proverbio chino va más allá del mero reconocimiento de las diferencias étnicas y culturales que se muestran.

Por mucho conocimiento que acumulemos

sobre estas diferencias, ningún juicio de hecho fundamenta un juicio de valor racista, antirracista o neutral. La decisión no depende del conocimiento, sino de los sentimientos naturales de benevolencia. En última instancia es de la decisión de cada sujeto individual de la que depende el reconocer o no a los prójimos como hombres, es decir, como pertenecientes a nuestra misma estirpe. Y la tristeza no proviene de lo que los demás hagan o piensen, asunto sobre el cual no tenemos ningún poder, sino de nuestra decisión de reconocerlos como hombres, de reconocer sus derechos humanos, cosa que sí depende de la decisión práctica de nuestra voluntad.

Hasta aquí llega el razonamiento científico con sólo operar en función de o de acuerdo con nuestra naturaleza racional, pero siempre y cuando sigamos confiando validez universal al concepto de racionalidad que sostenemos en el marco ideológico del europeo occidental. Justamente cuando dudamos de ello accedemos al

### NIVEL FILOSÓFICO.

Si contemplamos “Proverbio chino” desde la actual perspectiva del 2014, en vísperas del cambio civilizatorio que se avecina, de la que muchas de las crisis actuales son meros síntomas, y en el que China no sólo pasará a ser la primera potencia económica, entonces el “Yo no entiendo nada, mi chico” de Sergio es una duda de mucho mayor calado.

Y es que vale más entonar el “te estás equivocando” de Turner que afianzar el malentendido que practicamos desde la cultura occidental cuando interpretamos el pensamiento y la obra de Confucio como una suerte de ética filosófica. Kung-Tsé (cristianizado como Confucio), el maestro Kung (551-479 a.n.e.) pertenece a la primera y extraordinaria floración de grandes pensadores chinos (entre los que se encuentran también Lao-Tsé, Mo-Ti, Chuangtzy, Meng-Tsé), cuya originalidad filosófica e influencia multiseccular es comparable a la de los grandes filósofos griegos (Pitágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles), de los que fueron coetáneos, una circunstancia ya enfatizada por Karl Jaspers mediante su concepto de tiempo-eje. La

miscelánea de temas y estilos de Los Cuatro Libros clásicos (en los que yo al menos no encuentro el proverbio citado) no se limita a formular reglas éticas de comportamiento, los ejemplos de vida y anécdotas que recogen los discípulos que los escriben no pueden equipararse a un sistema de evaluación de la conducta en términos éticos. Teniendo en cuenta su pertenencia a la casta de los letrados y su descollante trabajo jurídico o leguleyo sin duda encontramos en Kung-Tsé y Meng-Tsé abundantes referencias a los derechos humanos y a la no discriminación, pero no a la interculturalidad, pues sus debates conciernen más bien al ejercicio del poder imperial de arriba hacia abajo en un mundo estratificado. Sin embargo, las orientaciones básicas y sus expresiones filosóficas más profundas difieren ontológica y metodológicamente de las de nuestra cultura occidental, cuyo fijismo substancialista arranca de Parménides o Platón. Así pues, cuando nos enfrentamos con la interpretación de un proverbio chino, por más que venga envuelto en una empanadilla (como si al deglutirlo nos trasformase, lo que ya sería mágico) lejos de pretender imponer nuestro unilateral universalismo, podríamos considerar el sistema de la filosofía europea como un sistema cerrado, en términos de Luhmann, o al menos tan cerrado en su forma de expresión como el sistema de pensamiento chino. En términos de Merleau-Ponty ambos son cristalizaciones eidéticas, Stiftung culturales, en cuya estructura se reflejan de distinta manera las esencias salvajes de la Urstiftung de los derechos humanos, que sería el plano en el que podría alcanzarse una correcta posición frente al interculturalismo. Es fácil entender que cuando en las fronteras del sistema otras culturas fraguadas en otras tradiciones perciben su influencia o imposición mutua provocan irritaciones (el dueño del restaurante chino está profundamente irritado contra Sergio al que ve como un bárbaro invasor que se mete en tu casa sin ser invitado). Para un organismo vivo como es una sociedad, nación o cultura, la única manera de tratar esas irritaciones consiste en manejarlas inmanentemente. Antes de intentar reducir a Kung-Tsé desde la filosofía europea, clasificando sus escritos como éticos o despreciándolos como vulgares consejos de sentido común, deberíamos intentar comprender el sistema inmanente

que opera en su lenguaje y que trabaja los comportamientos de los chinos en la vida cotidiana antes de que arranque el proceso mismo de pensamiento. Si tomamos en serio la afirmación materialista de que la filosofía es un producto cultural relativamente reciente, deberíamos atenernos al reconocimiento de los límites inmanentes que ello supone.

Pues bien, el primer filósofo occidental que llevo a cabo esta tarea fue Oswald Spengler, en una obra que fue best-seller al final de la Primera Guerra Mundial, *La Decadencia de Occidente* (1918-1922) y que amerita una lectura renovada casi 100 años después de su publicación. Para Spengler las culturas o civilizaciones son grandes formaciones orgánicas vivas que nacen, crecen, se desarrollan y mueren, de modo que no hay propiamente historia universal en sentido evolucionista, sino más bien una morfología de civilizaciones entre las que pueden establecerse comparaciones y cuya única célula común, que podría utilizarse para construir algo parecido a una narrativa universal serían las ciudades. Pero, como no tengo tiempo para más dibujos, ni para desarrollar estas ideas, me limitaré a transcribir unos párrafos críticos de Spengler sobre el provincianismo filosófico de nuestra cultura occidental, a cuyos estertores asistimos: «¿Qué pueden significar para nosotros esas ideas y perspectivas que se presentan con la pretensión de una validez universal y cuyo horizonte no excede en realidad los límites de la atmósfera ideológica del europeo occidental», se pregunta y tras pasar revista al Platón que desprecia a los bárbaros, al Kant que pretende construir una ética universal, etc. concluye diciendo que «para el chino o el árabe moderno, cuyos intelectos son muy diferentes del nuestro, la filosofía de Bacon o de Kant tiene el valor de una simple curiosidad»<sup>2</sup>

En la era de la Wikipedia, donde es fácil observar esta nivelación cultural, lo interesante de Spengler no es su carácter premonitorio, sino la reprimenda filosófica que sigue: «He aquí lo que le falta al pensador occidental y lo que no debiera faltarle precisamente a él: la comprensión de que sus conclusiones tienen un carácter histórico-relativo, de que no son sino la expre-

sión de un modo de ser singular y sólo de él. El pensador occidental ignora los necesarios límites en que se encierra la validez de sus asertos; no sabe que sus “verdades incommovibles”, sus “verdades eternas”, son verdaderas sólo para él y son eternas sólo para su propia visión del mundo; no cree que sea su deber salir de ellas para considerar las otras que el hombre de otras culturas ha extraído y afirmado con idéntica certeza. Pero esto justamente tendrá que hacerlo la filosofía del futuro si quiere preciarse de integral. Eso es lo que significa comprender el lenguaje de las formas históricas, del mundo viviente. Nada es aquí perdurable, nada universal. No se hable más de formas del pensamiento, del principio de lo trágico, del problema del Estado. La validez universal es siempre una conclusión falsa que verificamos extendiendo a los demás lo que solo para nosotros vale» (Ibid.) Y por si no quedase claro, tras referirse a Schopenhauer, a Nietzsche y a Ibsen en los mismos términos, concluye: «Todo lo que el Occidente ha dicho y pensado hasta ahora sobre los problemas del tiempo, del espacio, del movimiento, del número, de la voluntad, del matrimonio, de la propiedad, de la tragedia, de la ciencia, tiene un indeleble matiz de estrechez e inseguridad, que procede de que se ha procurado ante todo encontrar la solución de los problemas, sin comprender que a múltiples interrogadores corresponden contestaciones múltiples, que una pregunta filosófica no es más que el deseo encubierto de recibir determinada respuesta, ya incluso en la misma pregunta, que nunca pueden concebirse como bastante efímeros los grandes problemas de una época y que, por lo tanto, es preciso elegir un grupo de soluciones históricamente condicionadas, cuya visión panorámica — prescindiendo de todas las convicciones propias— será la que nos descubra los últimos secretos. Para el pensador — el legítimo pensador— ningún punto de vista es absolutamente verdadero o falso. Frente a problemas tan difíciles como el del tiempo o el del matrimonio no basta consultar la experiencia personal, la voz íntima, la razón, la opinión de los antecesores o de los contemporáneos. Por este camino se llegará, sin duda, lo que es verdadero para uno mismo o para la época en que uno vive. Pero esto no es todo. Las manifestaciones de otras culturas hablan otra lengua. A dis-

<sup>2</sup> Spengler, *La decadencia de Occidente*, Vol. I, Introducción, p. 63

tintos nombres, distintas verdades. Y para el pensador todas son válidas o no lo es ninguna » (ibid. pp. 65-66)

